

Somos independientes

A lo lejos se mecían las naranjas agrias; un jardín enmarañado de olores venía por los racimos del viento. El bahareque moría entre las siempre vivas y el pueblo dormitaba. En el medio día descarnado y amarillo, las casas repelladas y pintadas de cal dejaban ver sobre sus tejados una pequeña selva de musgos. Un nido de hormigas rojas iban y venían de entre las hojas y las telarañas.

Don Fructuoso, metió sus espuelas en los ijares de su yegua y se fue camino al río. Los resoplidos del animal podían alarmar a los mismos retruécanos de la soledad. Arrobados por el encantamiento, se fueron por el sendero rumbo al río.

Don Fructuoso, miró a lo lejos el cerro de la Cruz. Parecía uno de esos ángeles desorientados de los cuentos, que levantan todo el polvo y las hojarascas del camino, sin tener dirección ni rumbo. Todavía llevaba la bocota abierta por lo del lío en el Municipio. Todo fue un completo escándalo. La indecisión del Alcalde y las molestias del cura, indican que algo grave ocurre en la capital. El sol se hundía en la tarde como una lejana moneda sin alcancía.

“Sin duda, es alguna de esas noticias, que se hacen oír en todo tipo de circunstancias” —pensó. Pero le quedó la duda pegada en el pensamiento como una sanguijuela.

“Dicen que somos independientes. ¿Quién sabe qué será eso?”

Entonces fue cuando la vio. Su humedecida espalda daba con esa parte del río que no le pertenecía. Es ella la hija de Manfredo,

el de Vicenta. Como de una olla exhalaban vahos y vapores de ardorosa apetencia. En las auras del regodeo se subió don Fructuoso y se le empantanó la mirada en la espalda desnuda. La mujer distraída, miraba pasar el agua silenciosa.

La mujer escuchó el resoplido de la yegua. Lentamente se acomodó la ropa.

— ¡Diantres! —pensó. —Sin embargo, está sola.

Mordisqueando su vastedad, se acercó a la mujer que lo miraba desde el fondo de sus ojos sin sorpresa y sin recelo.

—¿En qué piensas, bella mujer?

—En cosas sin interés —contestó Magnolia.

—Entonces piensas en tu enamorado —replicó don Fructuoso.

Dos palomas pasaron volando a través del río.

—¿Mi enamorado? Está dormido detrás de aquellos arbustos —contestó la mujer, distraídamente.

Fructuoso bajó la vista porque no soportaba aquellos ojos frondosos y mansos.

—Sin duda miente —pensó.

Fructuoso miró a la mujer y enseguida le vino a la memoria su juventud en la cantina El Toro. Su pasado se cayó como chorro de tiempo inmóvil. La espumeante niñez había sido desahrida y agitada. Alegres a ratos. Decidió tomarle el pulso a la realidad. Sus ojos le brillaron como una luciérnaga cuando miró a los arbustos y no vio nada.

Sin embargo, se acercó y allí estaba. Muchos años se le vinieron atrás. Se sintió otra vez en la cantina El Toro. Remeciendo el árbol de la jacarandía, se acercó para ver mejor. Era cierto. Allí estaba el hombre dormido, profundamente, como un niño.

— ¡Sixto, Sixto! —llamó don Fructuoso.

Sixto Contreras se despertó de pronto, sorprendido. Sixto se frotó los ojos.

— ¡Hola papá!

Don Fructuoso agregó que estaba precisamente hablando de él con Magnolia.

— ¡Qué coincidencia! —dijo Sixto. Cuando me despertaste estaba soñando que hablaba de ti, con una mujer hermosa, que estaba sentada a la orilla de un río.

— ¿Y qué te decía de mí? —preguntó don Fructuoso.

— Yo le preguntaba: ¿Piensas en mi padre, bella mujer?

— Sí —me contestó.

— ¿Qué cosas?

— En cosas sin interés —me dijo. — Y cuando iba a replicarle, tú me despertaste...

— ¿Sabes, hijo?

— ¿Qué, padre?

Don Fructuoso se quedó pensando un instante.

— Dicen en el pueblo, que somos independientes...

**Crucito Montenegro,
el muerto**

¡Putra madre, tantas formas de morir y a mí me viene a tocar ésta! Morir de vergüenza... No me pudo pasar como al coronel, que los godos le atravesaron el corazón 25 veces y aún así se levantó contra sus atacantes y a sablazo limpio los hizo retroceder. Los liberales somos duros de morir. No me pudo pasar como al cabo Sebastián y el soldado Rosendo, que la bomba les arrancó la cabeza y las manos y siguieron allí por unos instantes, absortos en el juego de naipes como si supieran que ya estaban muertos y todo se iba a acabar al finalizar la próxima movida. Así somos los liberales, retacaos pá morir. Bueno, yo creo que así somos los chiricanos. Me acuerdo de mi primo Justavino, que tronando chovecas en el río, se cayó y estuvo muriéndose dos días esperando a que lo encontraran.

¡Coño! Cómo me duele la pierna. Cuando el godo ese me abayoneteó, lo hizo con ganas. Pero su cara de miedo me espantó más que la herida. No sé qué se hizo en el tumulto. ¡Vaya tumulto! Pólvora, sangre, gritos, ayes, maldiciones, vivas, quejumbres, un machetazo. Después todo se me nubló.

De seguro estos cabrones se estarán riendo de mí porque estoy muerto. Yo mismo me muero de nuevo de la vergüenza, pero como soy un buen soldado y como dijo el general Almanza: "El que se muere es traidor a la revolución", "El que se muere es godo".

Pero coño, estos hijos de la gran puta godos, de muertos no tienen nada. Mataron al mismísimo general Almanza, pero a mí no me matan, porque los muertos no sienten vergüenza. Tampoco

pudieron matar al general Manuel Quintero Villarreal; de mí no se ríe nadie. Así que tengo que arreglarme un poco para que el flacuchento de mi hijo tenga a quién enterrar, porque de seguro será flacuchento como la madre, la Celmira ésa. Por eso tengo que morirme mañana en la tarde, cuando termine la toma de David.

¡Coño! van a tomar David y yo no voy a estar ahí.

Aunque mi padre me dijo que es mala costumbre morirse lejos de casa. Yo no sé, pero vi su sonrisa pícara cuando me alisté en el piquete liberal. Cuando el cura me prestó su caballo: "Acuérdate de los del mercado y de Gumercindo, hijo". Me lo dijo bajito para que el cura no oyese. "No se preocupe tata que voy y vengo".

El piquete liberal venía de Punta Burica, y todos eran unos rojizos güevones, que ni duelear con machete sabían. Las guerras, yo creía, eran con machetes, pero los godos esos andan con unas vainas raras. Pero de todos modos está decidido que aquí en San Pablo yo no me muero. Que se mueran los godos pero yo no. Nadie que haya nacido en las Tijeras de Alanje lo matan en San Pablo. Por suerte en el zurroncito tengo los panecillos que me dio mi abuela.

—Cuidado se lo van a comer los colombianos—.

—Nosotros somos colombianos, abuela—.

—No me digas, ahora es que me entero. Bueno, que no se los vayan a comer los otros—.

Ya estoy cabriao de estar en este trabajo haciéndome el muerto. La tropa en su carrera para David me dejó por muerto. A lo mejor estaba ido, pero no creo que muerto. Ojalá hubiera estao muerto de verdad, así no estaría muerto en vida y penando por el monte. Si en vez de panecitos tuviera las tetas de Celmira... grandes, rosadas, con ese pezón chocolate que se va engordando con el beso... Bueno, le engordan antes del beso. Pezones de tetas grandes como de ubres de vaca. Pero ahora en el rastrojo y medio muerto, yo no quiero que Celmira me vea. Ya no me dejaría morderle el algodón. Estos cabrones godos no sé que andan husmeando por aquí, si ya les ganamos la guerra, por impacientes. Na' más me falta tener otra guerra con estos cabrones.

—Te digo que por aquí se metió el muerto.

—Puya con la bayoneta el monte.

—No veo nada.

—Puye paísa, que los pollos se comen a los gavilanes.

—Ya nos comieron.

—Puya y no joda.

—Dejen al “muerto” ese que a lo mejor se cayó en el río. Los únicos muertos son ustedes, que están muertos de miedo. A lo mejor no vieron nada y es la mala conciencia la que los persigue.

—Te digo que yo lo vi.

¡Ya cállense, mierda! El que nos persigue es la mala suerte y los liberales. Tenía el coronel Duque que sacarnos de David, para atacar al pueblucho ese. El y su apuro. Ahora está muerto. ¡Tan bien que la pasé con la muchacha esa por allá por los lados del cementerio! Por el Barrio del Peligro. Yo estaba de guardia en el parque y la iglesia y la vi salir de misa y entonces no me aguanté.

¡Y la violaste cabrón!

—Iba todos los días a las cuatro de la mañana...

—¡Para que la violaras cabrón!

—Sí, la violé la primera vez. ¿Y qué?

—Ya cállense, bola de mentecatos.

—¡La violé y qué? ¿No ven que estamos en guerra?

—¡Ya cállense coño! que de aquí nos oyen hasta Barranquilla.

—Se va el caimán, se va para Barran...

— ¡Cállense babiecos! y dejen al muerto ese que a lo mejor no existe y olvídense del caimán de mierda, no ven que estamos perdidos por estos páramos. No se dan cuenta que estamos en guerra y que nos jodieron los campesinos y que de nada nos sirvió la artillería. No se dan cuenta que los perseguidos somos nosotros y que si nos agarran no nos van a dejar huevos para violar a nadie.

— ¡Allí está, se movió en el monte! ¡Hay que matarlo! ¡Tiren la fusilería pa' qué lado!

— ¡Ya, ya basta! ¡Me cago en la chingada que los parió! ¡Olvídense del muerto ése y muevan el rabo! Les digo que no hay ningún muerto. Esas son puras ilusiones.

— ¿Y tú quién eres?

— Soy Salvador Márquez.

— ¿Y qué rango tienes?

— Soy sastre en Bucaramanga.

— ¡No, no, rango militar!

— Soy el más viejo, y ahora muévanse coño, que los muertos no delatan a nadie.

— ¿Y si ése es el primero?

Muévanse coño! que más delatados no podemos andar nosotros mismos.

— ¿Pa' onde cojemos?

— Pa' cualquier parte, da lo mismo. Mañana cuando salga el sol nos rendimos ante el primer muerto que pase. Así son las cosas en Panamá.

— Se van los hijos de puta godos.

— Bueno, no hay que madriarlos, pero qué susto me dieron. La

vieja me dijo que: “cuando mates a alguien hijo, no le mientes la madre”.

“¿Y si alguien me mata?”

“Tampoco, de eso nos encargaremos nosotros”.

Se van, no pensé que la vaina fuera tan fea. Puta madre ¿y si estoy muerto de verdad? ¿Y si la muerte es toda esta vaina y si ésto es el purgatorio?, como decía el cura lujurioso que andaba tras las tetas de Celmira. ¿Y si estoy muerto de adeweras? Tiene que ser, si no, no sé por qué el susto de muerte cuando me vio. Ví la lucecita y me acerqué pensando que eran los muchachos de mi coronel Manuel Quintero Villarreal, pero eran unos godos desperdigados...

--¿Qué es eso?

--¿Qué?

--¿No oíste el ruido?

--¡No!

--Como de un ánima que se arrastra, escucha...

--No oigo nada.

--Oye, dice “ayúdenme, que me muero”.

--No oigo nada.

--Más o menos así dice.

--Bueno, no oigo nada, sigue haciéndote la puñeta y no jodas con eso del muerto, que los muertos se quedaron atrás en la llanura esa...

--Bueno, cuéntame cómo es tu tía.

--Mi tía se levantaba la enagua para ir a mear en el patio.

—No, cuéntame de cuando iba a mear a la cocina.

—Bueno, a la cocina... yo me levantaba y miraba a mi tía que se arremangaba la enagua, se metía la mano y se la tocaba. Se para-ba en el poste y se zurraba la mano pa' rriba y pa' bajo.

—¿Dónde se metía la mano?

—Entre las piernas y se la movía. Después se la olía y se la seguía moviendo de arriba pa' bajo y se meneaba y gemía. Después se agarraba con la otra mano por detrás y se metía las dos manos. Se sacaba la mano de atrás, se la metía en la boca y después se la metía entre las tetas. Las tetas no se veían bien por la oscuridad, pero eran bien grandes, y se apretaba las puntas y gemía, gemía, se meneaba, y gemía, gemía, gemi... y se metía la mano atrás y se meneaba con la mano alante, alante, alante, adelan...te.

—¡Ayúdenme que me muero!

—¡Ahh ahak! ¡Un muerto, un muerto, puta madre, un muerto!

—Ayúdenme que estoy herido.

—Un muerto Julián, el muertooo, ¡Corre, corre! Coño, que en estas tierras no dejan a uno hacerse la puñeta tranquilo.

—¿Qué pasa?

—Creo que nos atacan los liberales.

—Otra vez, no joda. ¡Otra vez! Estos cabrones rojos no descansan. ¡Retirada, retirada! Tú, idiota, de puñeta otra vez, ¡agarra tus pantalones, que nos atacan los liberales!

—No, no. Fue sólo un muerto, un muerto liberal que me miró con una cara sin fondo.

—Es la cara de la culpa, coje, vístete, que estamos en guerra. No son tiempos para estar con la pirinola en la mano. No hay ningún ataque, era uno solo.

- Búsquenlo antes de que nos delate.

-Tengan cuidado, que es un muerto.

Sí, eso tiene que ser. Me morí y no me di cuenta. Me morí del machetazo, del tiro en la pierna, de la esquiria en el hombro. Así deben morirse los que se desangran lentamente y sin darse cuenta. Puta, pero a los muertos no les duele ni la pierna ni se acuerdan de las tetas de nadie. Debo estar medio muerto y penando por el monte. Sí, eso soy, un alma en pena. Eso tiene que ser, hasta que no me arregle un poco y me confiese. A lo mejor todo esto es por lo de Celmira. Coño, aún me duele la cara... No Crucito, que nos ven, no... no, otra vez no... Anoche mi papá casi se da cuenta, y viene a buscarme al servicio. Eso de tener diarrea a las dos de la mañana todos los días es sospechoso. Mi abuela ya lo sabe y me preguntó de que porte la tenías. Bueno, más grande que la del cura, pero a mi abuela no le gusta el cura porque es godo.

Dice que eres besuquión y que los besuquiones son más metíos que la costura de un panti, que tú eres el tipo... no te lo digo para que lo hagas, no lo hagas... que tú eres el tipo... que si ella fuera, también lo haría...

Por el cura está desilusionada, porque meterse a cura con una vaina tan pequeña... No Crucito, ahora no. Después de todo no sé lo que le haces al perro, que ni ladra el condenao y eso que es un comegente. Espera un poco que me lave Crucito, Cru... ci... to... im... pa... cien... te. No... no... no... te vas a tener que lavar la boca porque si no vas a ir al pur... Umm, Oh, Ooo, suave, suave, suavvve, sua... ga... to... oh oh. Creo que debía tratarse del Purgatorio, eso es, el purgatorio es el monte lleno de guayabas sabaneras, algarrobos, pájaros cagones, chumicos, palmas, colombianos pajizos y pulgas. Tengo ganas de llorar, pero de seguro con las lágrimas me arderá la cara. Si me quedo aquí en este rastrojo no pasará nada. El diablo siempre encuentra el terreno abonado en los ociosos, na' más que me falta que el mismísimo diablo se me aparezca a joder. Dicen que el diablo sale por San Pablo, pero no importa, es un pueblo liberal hasta los huesos y yo espero que también lo sea hasta los muertos. Allí dicen que la fula Eduviges Araúz tiene un hospital, pero ¿dónde estará ese hospital? ¿y si se han ido a invadir David? Coño, los paisas están invadiendo David y yo aquí medio muerto.

Me hubiera gustado ver la cara de los administradores del mercado cuando yo llegara con la tropa, con mi caballo alazán, mis espuelas de plata, con mi fusil terciado y mi machete en ristre. O cuando traquetearan los cascos de la caballería por el parque de Cervantes pa' que lo oyeran los curas de la iglesia ésa, donde defendían a los godos.

"Capitán Crucito Montenegro ¿qué hacemos con este cura?"

"Que se confiese públicamente en el parque".

"Sí, que diga dónde el cura muerto enterró las morrocotas de oro, ¿dónde los conservadores godos dejaron la plata y las mujeres antes de irse por la serranía pa' Bocas?"

"Habla cabrón, que estás ante Crucito Montenegro, el aguerrido de las Tijeras de Alanje".

"Sí, sí, hablaré".

"Habla, cura morroñoso".

"Sí, sí, piedad, piedad".

"Capitán Crucito Montenegro ¿qué hacemos con los administradores del mercado?"

"Ajá, tráiganmelos pa' cá. ¿Con que ustedes no dejaron que mi padre vendiera el maíz nuevo?"

"¡Piedad, Capitán Crucito Montenegro!"

"Entra godo y quítate el sombrero que estás ante mi Capitán Crucito Montenegro y con decencia, que te rajo por la mitad y te tiro vivo para que te coman los chanchos".

"¡Piedad Montenegrito!"

"¡Qué Montenegrito, ni qué nada! Más respeto que se trata de mi Capitán Cruz Montenegro, el aguerrido de las Tijeras de Alanje". "¿Qué hacemos mi capitán?"

"Que vivan allí en la orilla del río con los indios, que coman lo que los indios, y si salen antes de un mes, córténles la nariz". Pero eso no va a poder ser porque se fueron a invadir a David

¿y si no? ¿y si están preparando el ataque y si a los medios muertos no los dejan ir a la batalla?

Bueno, arreglemos esto. La tengo en el bolsillo de la camisa, para ver... Sí... No, todavía guinda, pero por cualquier cosa la meto en el bolsillo. Pero ¡puta madre! ¿Por qué tanta sangre si los muertos no sangran? Vamos pa' onde lo de la fula pa' ver qué hace conmigo y me diagnostica muerto de una vez por todas, porque vivir sin ella no es vida.

Pero uno no puede ir a atacar David así, si no los godos se ríen, entonces yo me moriría otra vez de vergüenza. Eso es, creo que no me muero de vergüenza porque morirse sin ella, es una tremenda pendejada. Además, más pendejada sería que justo me pasara a mí. El único muerto de la guerra civil, muerto porque se la dejaron guindando de un tajo. Me voy a apurar si no no podré ir al ataque de David. Espero que el caballo de mierda ése pueda llegar hasta San Pablo. Todo es culpa del caballo. No hay nadie en el pueblo, sólo estos hijueputas perros que no respetan a los muertos. La luna está plena, como la luna de Celмира. Las casas están tan silenciosas... Ni hay luces, ni nada, y este caballuco hace escándalo. Parece un pueblo fantasma pero yo me sé orientar de noche. Cuando uno anda buscando vida todo lo ve y todo lo oye. Si no fuera por este caballo, no me joden los colombianos. A nadie de las Tijeras de Alanje le ganan, menos le ganan en un juego de rulas, y menos me va a ganar el cura ése que me regaló el caballo para que me fuera a la guerra de todas maneras. Yo sólo quería vengarme de los cabrones del mercado. Nunca pensé que por ser liberal de a caballo, bueno, yo nunca supe qué era ser liberal, si no es porque el terrateniente Gumercindo Pittí le quitó las tierras a mi abuelo hace ochenta y cinco años, tres meses y dos días y desde entonces somos liberales, porque él es godo, pero la culpa la tiene el caballo ese. Si fuese soldado de a pie estaría en las trincheras y pelearía a machetazo limpio como deben ser las cosas de la guerra. Pero un caballo, un fusil con un puñal amarrado en la punta de mi zurrón y mi machete, es mucha vaina para tener un duelo contra tres godos y menos contra doscientos a la vez. La guerra se hace como la hace un tal Lorenzo, en la noche, silencioso, selvático, sin prisa, a machetazo limpio. Ojo por ojo e hijo por hijo, y después la mortandad de godos y terratenientes, las requisas de sal y de mujeres...

Si no fuera por el caballo que me regaló el cura, porque no se

lo pienso devolver, mi Coronel Villarreal, no me manda a engañar a los godos...

"Usted, usted y usted, júntense con los hombres del capitán Rubén Caparros y vayan por la arboleda. Cuando encuentren a los godos hagan una escaramuza y se regresan pero por la llanura. Se regresan lentamente. Hagan como que se paran a pelear. Si no los siguen, miéntenle la madre o hagan cualquier cosa, ¡coño! Si los godos no lo siguen yo los mando al paredón. ¿Me entendieron?"

"¡Sí, mi coronel!"

"¡Ahora váyanse ya y no se dejen matar!"

Sí, mi coronel. Yo no me dejé matar, bueno, no lo sé, por eso tengo que llegar a la casa de la fula para saber si estoy muerto. San Pablo es un pueblito engreído, son como las once y media. Todavía no canta la lechuza. Aquí dicen que las mujeres tienen las tetas grandes, pero qué va, eso es pura jactancia; tetas grandes la de Ña Chon. Una vez Manuel Montilla y yo la agüaitamos y para ir al servicio, el viejo Juvenal se las llevaba levantadas en una carreta. Eran tetas con una vieja pegada, eran unas tetas de campanario, unas tetas que hasta la misma luna parecía que la estaba mirando... Pero en este pueblo no hay mujeres ni na'. Deben haberse ido a la invasión de David, pero eso sí, aquí las mujeres, con la misma mano que se levantan la enagua, te matan. Aquí doblando debe ser. Estuve por lo del godito, lo cojimos porque se quedó dormido en la retaguardia.

"¿Cuántos años tienes m' ijo?"

"18 señor".

"¿Y qué haces por estos lares?"

"La guerra, señor".

"¿Y de dónde eres m' ijo?"

"Del Cauca señor, ¿señor, y ese cuchillo calentado para qué es?"

"Para capar unos puercos m' ijo. ¿A cuántos hombres has matado m' ijo?"

"No sé señor. Soy cargador de municiones para ametralladoras".

“Sí, ésas que hacen estragos”.

“Así es la guerra, señor”.

“M’ ijo, ¿y sabe tu madre que andas por estos lares?”

“No, señor”.

“M’ ijo, ¿sabes que te vamos a matar?”

“Sí, señor”.

“Son cosas de la guerra pues, pero si nos dices...”

“No voy a decir nada, soy un soldado del Cauca, del Batallón Tiradores y primero muerto antes que denigrados”.

“Pero m’ ijo, piensa en el dolor, primero te cortamos una bola, izasl y se la tiramos a los perros...”

“¡Oldemar! dice mi coronel Manuel Quintero Villarreal que si el gusano conservador ya habló o ya está degollado. Si ya lo degollaste, limpia todo, que al general no le gusta la sangre”.

“Sí, mi cabo”.

“Viste m’ ijo... Así están las cosas de la guerra. Te voy a tener que matar, pero si cooperas a lo mejor puedo interceder por ti...” “No señor, no voy a delatar a nadie”.

“Y izasl te cortamos la otra bola, 10 minutos después con el cuchillo al rojo vivo. Mira m’ ijo cómo corta y quema la carne, y después te cojemos la paloma y te la corto en tres: zas, zas, zas...”

“Bueno, ¿lo matas o qué?”

“¡Ya voy, coño! Ustedes creen que yo hago esta vaina porque me gusta, vamos hijo, coopera conmigo, si no después tengo que limpiar toda la sanguasa y tener tu mirada de muerto por unos días en mis sueños. Ya casi me acostumbro, a lo mejor no me pasa, pero a lo mejor sí. Bueno, te voy a matar, pide un deseo y terminamos ya. ¿Ves m’ ijo? Yo me esfuerzo por ser tu amigo”.

“Bueno, está bien, pero esto no es tranzar con el enemigo, ¿verdad?”

“No m’ ijo”.

“Está bien. Quiero que me maten después de terminar mi último cuadro”.

“Está bien, pero ¿cuánto tiempo es eso?”

“Una hora no más”.

“No, no m’ ijo, es mucho tiempo. Pero m’ ijo, nos dices cuál es el plan de ataque y pintas todo lo que quieras...”

“Bueno, mávalo ya, que me tiene cabriado tanta habladera o déjenlo ir, que no puedo dormir y me duele una muela. ¿Dónde está doña Eduviges? Allí viene como un jabalí soplaa”.

“Bueno m’ ijo, ya perdí la paciencia, o me dices pa’ onde ibas o te rompo el cuadro”.

“¡No! ¡no! ¡El cuadro no! Iba para Alanje a inspeccionar el terreno para ver dónde poner la batería”.

“Ajá ¡conque nos atacarán en Alanje! ¡Putra madre! y nosotros pensábamos atacarlos en David”.

“Oldemar, deja de estar jodiendo al chiquillo, dale un par de fuetazos de mi parte para que le haga caso a su madre”.

“¡No señor! Aquí nadie va a matar a nadie. Este lugar es para salvar no para matar”.

“No, doña Eduviges, no pensamos matarlo”.

“Entonces qué, pensaban caparlo ¿no? ¿Acaso es un puerco? ¿No ves que es un niño?”

“No señora, soy un soldado”.

“Usted cálese, no ve que estoy tratando de salvarle los huevos”.

“ ¡Un enfermero!”

“Eso es, necesito un enfermero. Déjenlo por allí para que me ayude”.

“Está bien doña Edu pero si se le escurre, mátelo”.

“Largo de aquí. Largo... Y tú, soldadito de plomo, quítate ese uniforme y quémalo y anda a limpiarle las heridas con mentiolei a esa gente, para que no se agusanen. ¿Cómo te llamas?”

“Verísimo, señora. Pero mi mamá me dice Vero”.

“Bueno Vero, eres mi prisionero, así que anda a espantar las gallinas y a limpiar las heridas agusanadas”.

“A mí ningún godito me limpia nada”.

“Cállate Dimas o mañana te corto la mano. Ah, Vero, otra cosa, quita esos cuadros de aquí... tan chiquito y pintando mujeres en cuero”.

Aquí debe ser la vaina. Este es el caserón donde se acuarteló mi coronel. Ojalá el perro de mierda no me venga a joder. Aquí dejo el caballo de la mala suerte, ojalá no se lo roben porque será un ánima en pena en medio de la guerra sin caballo.

¡Abran! No está el perro, ahora no tengo a la Cucha en celo para tirársela como al perro de la Celmira. ¿Qué estará haciendo la Celmira ahora? ¿Se habrá enterao que está preñada? Mejor que estoy muerto ahora. Así no me tiene que matar el viejo Manuel. Bueno, haber venido de tan lejos como un alma en pena, para irme.

¡Meto! Sí que es agüevasón no...

— ¡Abran...! ¡Abran coño! que soy un liberal herido. Abran que en las Tijeras abrimos las puertas a los heridos. Abran que tengo que saber si estoy vivo para unirme a la invasión de David. Doña Uva, ¿está usted allí?

— ¿Cuál es la contraseña?

—Qué contraseña de mierda, abran que estoy herido...

—Es un liberal, abran.

—Enseguida abro, cálmese.

—Vero, tráeme la lámpara.

—Aquí está, doña Uva.

—Acérquese hombre, que la guerra es allá lejos. Para acá, para verlo... Vero, sube la lámpara. ¡Jesús, María y José!, ¿qué le hicieron, hombre?

—Me machetearon, doña Uva.

—Vero, levanta la lámpara. Vero, la lámpara, Ve... ¡venirse a desmayar a estas alturas! Serafín del Carmen, deje ese libro y ayúdeme con la lámpara... ¿Cómo se llama, soldado?

—Cruz Montenegro, doña Uva.

—¿De dónde es, señor Cruz?

—De las Tijeras de Alanje.

—Bueno, señor Cruz, venga por aquí, ¿y cuándo fue?

—El combate empezó como a las diez de la mañana.

—No, la herida.

—No sé doña Uva, pero debo tener como siete horas de andar ambulando por ahí, medio muerto, por lo menos. Sí doña Uva, medio muerto.

—Serafín, levante a Vero y llévelo a la cocina, que prepare la cirugía. Es bueno que sea de las Tijeras de Alanje señor Cruz, porque allá los hombres aguantan a lo macho, a lo caballo, señor Cruz. Por aquí señor Cruz, siéntese, tiene un machetazo en el muslo.

- Y la tengo todavía, ¿no?
- Sí, señor Cruz Montenegro, pero le está guindando por un hilo.
- ¿Está muy fea la cosa?
- Horripilante, señor Cruz.
- Qué vergüenza doña Edu, déjeme ir pa' l monte y morirme porque andar sin ella sí que es una cagada.
- Dígame señor Cruz, ¿qué día es hoy?
- No sé señora.
- ¿Qué hora es Serafín?
- Las doce y dos minutos.
- ¿De que día?
- Del jueves dos de marzo de 1902, jueves de semana santa.
- Bueno señor Cruz, a mí no se me muere nadie el jueves dos de marzo de 1902 y no vamos a empezar con usted. ¡Muévanse! Ponganme las lámparas de querosén aquí, y las guarichas.
- ¡A mí nadie me quita las guarichas!
- No jodas Dimas o mañana te corto la mano. Quítenle la ropa al hombre. Vero, ayúdeme a quitarle la ropa al hombre.
- Tiene dos heridas más doña Edu, una esquirla en el hombro, un quemón, doña Edu.
- Límpuela.
- Y una balloneteada en la pierna, no es profunda pero escandalosa, por suerte se puso un torniquete.
- ¡Límpuela!

—No hay mentiolei ni sulfas ni nada, doña Edu.

—Dimas, ¿usted no tiene un galón de vino de palma?

—Sí doña Edu o le doy el galón o me corta la mano.

—Vero, dale el galón al hombre y que se lo tome todo.

—Gracias doña Edu, hace mucho que no tomo.

—Tome, tome, hombre.

—¿Y los gusanos, doña Edu?

—Tómeselos también.

—Con calma hombre, no tan rápido.

—Me deja algo paisano.

—¿Que, usted también es de las Tijeras?

—No, soy de Potrerillos.

—No somos paisanos pero le dejo algo.

—Tómeselo todo, todo lo que aguante.

—¡Jo! Tres cuartos de galón. ¡Jo! Doña Edu si no lo matan los godos se nos va en la juma.

—Que va, si así fuera usted ya estaría muerto.

—¡Coñoóóó! Que vino más bueno.

—Agarren al hombre entre cuatro, las dos manos y los dos pies. Ahora vamos a ver si yo no me llamo Eduviges Araúz de Gómez, ¡Metol Destapa el querosén Vero, moja un trapo y dámelo. Vero, Vero... Valientes no. Es fácil matar un hombre no, pero que difícil parirlo y más difícil es curarlo. ¡Joaquín, venga! Moje ese trapo con querosén. Vero y Dimas sirvan pá algo y no esten de miedosos.

Vayan a la cocina y calienten agua. Dame el trapo.

—Sí, doña Edu.

—Aguante, hombre.

—Celmira, Celmira, ven que te estoy esperando en el servicio, Celmira.

— ¡Vero, Vero, Vero, mira!

— ¡Que no quiero mirar!

— ¡La vieja se la está limpiando con querosén!

—Se le metió un poco por la...

— ¡No quiero oír, no quiero oír!

— ¡Vero, no jodas y calienta el agua!

—Sí, doña Edu.

—Ahora limpia la carne.

—Celmira ven que me muero, los gusanos me atacan, no te vengo a visitar más en el servicio si no en tu jardín para que te oiga tu papá.

—Todo está hediondo, ahora agarra el pedazo y límpialo también.

—¿Cuál?

—El que está guindando.

—¿Y si se le cae del to'o?

—Sigue limpiando.

—Este machete no tenía filo señor Cruz. Se ve que no era un

Colins, si no se la vuela toda.

— ¡Ay, ay Celmiraaa, ese perro de mierda me mordió!

— Dénle más vino. Vero, vaya donde Tomasa y dígale que me empreste su...

— ¡Qué vino más bueno!

— Qué va compadre, no le va a quedar nada, sólo gusanos...

— Aguja más grande. Rápido coño, que sangra mucho... Dimas, deje de estar chismiando y muela café... Denme el agua caliente, muelan el café.

— Aquí está la aguja. Bueno, dice la Tomasa que si puede ayudar a alguien.

— Echenme agua caliente en las manos, enhehren la vaina esa con hilo de seda. Tomasa, ayúdame a coser esta vaina.

— Sí, doña Uva.

— ¿Qué hacen?

— Nada.

— ¿Cómo que nada?

— Se la cogen, se la están pegando, primero una punzada y el tipo se mueve mucho.

— ¡Celmira, me atacan los perros!

— Tomasa, agárrele la cabeza y que no se mueva, y ahora Dimas ¿qué murmura?

— Nada.

— No me deja concentrarme.

— ¡Asómate agüevao!

—No, cuéntame.

—No, mira tú y cuéntame tú.

—Vero, coño, cuéntame.

—Esta bien, pero hasta donde aguante: la Tomasa le agarró la cabeza como si nada.

—Arremangó las nalgas pa' tras, paísa.

—¿Qué nalgas?

—Se las he visto cuando está cagando. Usted viera, mi hermano...

—No coño, eso no, la operación.

—¡Serafín, limpia la sangre!

—Doña Uva se la coge y los otros lo tienen maniatado.

—El muy bestia ni se queja.

—Que se va a quejar, si se tomó mi vino de palma. Debe estar ahora en el limbo, el cabrón. Pero el Serafín le está mirando las tetas a la Tomasa. Ya le cosieron como la mitad, ¡y cómo es la Tomasa. Un día la oí meando y eso sonaba como si fuera una piedra de agua que cae en seco. ¡Poof! La Tomasa se acomoda ahora para acá. ¡Mira qué nalgonos!

—Yo namás veo una enagua fea.

—Te falta la imaginación de la pintura muchacho.

—Este cuadro a Rubens le daría envidia. Dicen que el marido de la Tomasa está preso en David.

—Bueno, ¿y el tipo qué?

—Doña Edu se pone del otro lado y la Tomasa se acomoda ahora de otra manera. Le enseña las tetas a Serafín.

- No le está enseñando nada, es pura imaginación tuya.
- ¡Serafín! Límpiele la sangre.
- ¿Con qué, doña Edu?
- Con lo que sea.
- Aquí tengo un pañuelo, doña Edu.
- ¿Dónde, Tomasa?
- Aquí, en mis senos.
- No lo suelte. Bueno Serafín, meta la mano, agarre el pañuelo que las tetas no muerden, apúrese y límpiele la sangre.
- Sí, doña Edu.
- ¡Viste, Dimas! El cabrón se demoró un instante de más agarrando el pañuelo.
- ¿Ya terminaron?
- No sé.
- Dimas, dos puntadas más y traiga para acá el café molido y haga café para la tropa.
- Sí, doña Edu.
- Si no, mañana le corto la mano.
- Sí, doña Edu.
- Doña Edu...
- ¿Qué, Tomasa?
- Me parece que le quedó torcida.
- Qué va Tomasa, a mí ninguna me queda torcida. Bueno, sí...

—¿Cómo está el hombre?

—Está dormido.

—Bueno, suéltale las puntadas de este lado. Vero, enhebre más hilo de seda.

—Sí, doña Edu.

—Bueno doña Edu, ya está, aquí voy.

—Silencio que se oyen pasos, apaguen la luz.

—No, no apaguen nada, que no. Terminan, se van. Ese debe ser Genaro que pasa pal' rí o a verse con la Berta, la de Remedios. Vaya guerra ésta. Ya está listo, ahora pónganle café molido para las cicatrices. A mí no se me muere nadie el jueves dos de marzo de 1902.

—Crucito, te digo que en los tiempos de la guerra me salvé. Pero esta vez creo que mi padre también se enteró, la abuela le dijo el día de la misa, porque el cura me asediaba y esos curas son un fiasco... Papá no dijo nada, sólo me comentó que desde cuándo yo no tenía diarrea a las dos de la mañana. No dijo nada. Que por suerte te habías muerto y así él no tenía que matarte. Luego fueron las historias de que tu ánima andaba por el monte penando tus lujurias, te juro Crucito que esta vez será la última. Recé: Señor, si lo salvas te prometo que no lo volveré a hacer más. Pero Crucito, te juro que yo no lo vuelvo a hacer, a menos que nos vayamos pá tu rancho. Pero este no es el camino Crucito. ¿Cuándo apareciste con la cara cambiada? Como con la nariz rara, no sé, pero así me gustas también. ¿Este es el camino de San Pablo?

Crucito, te juro que yo no voy a hacer nada. ¿Y esas conservas Crucito? Tú no me vas a poner nada en ninguna parte.

—Tres frascos son para doña Eduviges.

—¿Y el otro, y el otro, Crucito? ¿Y el otro, pa' qué lo quieres?

La entrega

Manuel tenía dos días que no dormía. Primero por las bombas y luego por el insomnio. A las tres de la mañana, cuando ya se había acabado el trago de ron cubano sin etiqueta, la angustia se viste de blanco y se queda como loca, espiando los sonidos de la noche. Manuel dio una vuelta en el sofá. Muchas cosas habían pasado y tan rápido... La invasión al país, los gringos en el pueblo, el pelotón de mujeres suicidas, el reparto, el lío y el desalojo de la casa. Primero lo echó del dormitorio; luego le prohibió usar el teléfono, le revolvió los libros y buscó en todos sus papeles. Los exámenes de la universidad fueron tirados al piso. Los borradores de los cuentos juntados, los retratos de sus novias tirados al tanque de la basura. Los libros de poemas y las revistas pornos fueron a parar debajo de la cama. La mujer se había tomado la casa, los gringos el país y a Manuel el insomnio.

La escuchó en la ducha. Al menos no le prohibió el uso del servicio. La había visto a través de la cortina. Era bella la maldita. La odiaba porque le había leído todas sus cartas a Marlene, incluso las íntimas. "Mi fatiga encontrará en ti su término, mi triste mundo se descompone al tacto de tus dedos, tu pubis esconde un Nilo perentorio, un Nilo con sudores de aceite suave, que caben todos en la copa de mi lengua".

—Sabía más cosas de mí, pero yo de ella, nada.

Estaba en las manos de una mujer que se encontraba en su casa y se la había quitado poco a poco. A él sólo le quedaba el sofá. Escuchó cómo el agua del grifo le besaba la piel. Su deseo ladra junto a la sombra. También su rabia. Debíó haberle dicho a

Venancio que le trajera una mujer desarmada y dócil, no a la fiera ésa. Había leído todos sus documentos personales, mientras él se había ido al súper a comprar comida. Se llama Aurora y vino con la noche. Desde ese momento, además de los olores de la soledad, lo perseguían como otros tantos olores, el de la rabia: un olor perverso; el de la muerte, que es un olor dolorosísimo, pero también el del misterio, que es un olor más ocre que el de la primavera.

-- ¡Todavía despierto! --la voz de Aurora lo atravesó de lado a lado y llegó hasta el desagüe de lo más inocente.

Se había puesto uno de sus vestidos y en la penumbra se notaba que también estaba llena de ausencias. ¿Qué más precisa un hombre sino una mujer para amar? Una mujer con dos senos, un vientre y una cierta expresión singular. Deshaciéndose en lágrimas azules, la madrugada nacía envuelta en el misterio. El no le contestó.

--Lo siento --agregó la mujer bajando lentamente las escaleras. Esta vez vengo en son de paz; vengo desarmada.

Tomó el cargador de una pistola de nueve milímetros y lo tiró sobre el sofá.

Todo comenzó hace tres días, con las primeras bombas de la invasión. Se quería aferrar a un pensamiento optimista, a una leve esperanza, a un descrédito de la realidad. Pero ya no quedaba ninguna ilusión.

-- ¡Dios mío, si tengo que morir que no sea ahora, solo y con sueño! Siguió buscando una esperanza.

--Después de la guerra, van a nacer lirios en las piedras, para resarcir un poco la sangre derramada. Después de la guerra a lo mejor los hombres tienen juicio y aprenden a vivir la vida.

--Después de la guerra... La bomba sonó tan cerca de la casa que le cortó su pensamiento optimista.

--Después de la guerra ojalá yo quede vivo, pensó.

Una ráfaga de ametralladora cortó el silencio espeso de la noche en el pueblito de Gamboa. Las luces de bengala y un atronador mortero hicieron despertar el miedo mismo. Del cuartel de la Guardia Forestal, respondían al fuego furiosamente.

— ¡Coño! Estos cabrones gringos terminaron por invadir de verdad.

Al parecer, los Guardias no se rinden y están peleando en la Forestal, en el cuartel de mujeres y en la prisión de Gamboa.

— ¡Putra madre, es toda una guerra! Ojalá se rindan, porque es inútil.

Una espesa soledad caía sobre el pueblo. De vez en cuando un tiritito solitario era perseguido por una andanada de cañonazos.

— ¡Coño!

Había mirado a las mujeres del cuartel femenino con su uniforme militar, pero nunca les había prestado mucha atención.

— Bueno, a cada uno le toca de acuerdo a su suerte.

Sonó el teléfono. Lo agarró para que no sonara más y algún gringo temeroso no tomara el timbre por el sonido de un disparo y borrarán su casa por accidente.

— Bueno, Manuel, ¿cómo estás?

— Vivo, por lo menos —era su hermana desde David.

— Mi madre está muy nerviosa porque la Capital es un infierno.

— ¡Qué bien que te quedaste en Gamboa! Allá por lo menos no hay guerra.

Sin duda, su hermana no escuchaba nada, porque lo que Manuel oía eran los sonidos de toda una noche de tiros, bombas y gritos de soldados en la noche. Cerca de su ventana pasó uno gritando: ¡Viva Panamá, morir por la patria es vivir! —al parecer

rompieron el cerco de los gringos.

—Manuel, escucha, dice mi madre que ella llamó a los Unites a la hija de la vecina, Márgara, que es soldado gringo y dice que te quedes quieto en tu casa que los gringos son muy serios en eso de la guerra.

—Ajá... —musitó bajito para no levantar sospechas.

—Bien, llama mañana. Aquí la cosa empezó como a la una; al parecer a los gringos las cosas no les fueron tan fáciles.

A lo lejos se escuchó un ruido fuerte de una granada al estallar y luego una ráfaga de tiros.

—Tal vez un soldado panameño cubierto por las luces del amanecer atacó a un comando de los States o a lo mejor lo están fusilando.

Se metió otra vez en la tina de baño. La tapó con una tablas y puso su cabeza sobre la almohada de su cama fría e inhóspita.

En eso tocaron la puerta.

—Dios mío, si tengo que morir, que no sea ahora; todavía las estrellas brillan vacías en un cielo apagado. Todavía no termino de escribir mi libro de literatura indígena. Dios mío, si tengo que morir que no sea ahora por favor, te prometo que me casaré, que iré a visitar a mi familia dos veces al año, que no tomaré más y que daré limosnas para las buenas obras. Que no sea ahora, Dios mío, justo cuando he conocido a Marlene y su perfume de ojos íntimos.

El golpe de la puerta se repitió.

—Que no sea ahora Dios Mío...

—¡Ser del ejército americano y querer saber si todo estar bien aquí!

—¡Ave María purísima, los gringos! En tus manos encomiendo mi espíritu, tú sabes señor que he sido un poco indiferente, pero

que no sea ahora, por favor.

Silencio. En la casa, los candados, los gallos de cristal y el mismo aire, guardaron silencio. El silencio se fue pegando al humus de la gotera que era lo único que se escuchaba y hasta ella prolongó su caída, su goteo. Una brisa fresca entró por la ventana, venía del lago. Escuchó que el gringo decía lo mismo en la casa de al lado, pero todo era silencio. Un silencio que se ponía a temblar como una declaración de amor a la patria. Sintió que le volvía a la memoria el perfume del cabello de Marlene. Entonces comprendió que no se iba a morir ese día.

—Pero uno con los gringos nunca sabe...

Se había quedado en Gamboa a calificar los últimos exámenes de la universidad y lo había atrapado la guerra. Solo y sin comida, alumbrado por una botella de ron cubano, que en algún momento le quitó la etiqueta.

—No vaya a ser que piensen que soy comunista y me jodan. ¡Dios! si tengo que morir, espera un poco.

Unos tiros sonaron en la distancia. La vida todavía no termina. Hizo cuentas: tres latas de sardina, bastante arroz, dos novelas nuevas, un teléfono, que a esta hora ya debería estar intervenido, azúcar y té de tilo; dos rebanadas de jamón, una pizca de queso amarillo, mermelada y un puñado de garbanzos.

— ¡Hostial! Estos gringos ni avisan, para hacer el súper.

Haciendo inventario imaginario se quedó dormido con un sueño de esos que se quiebra al leve son del viento. Poco a poco se durmió, pero con un ojo abierto, porque por allí andaba rondando la muerte.

Amaneció. Un carromato americano recogió los cadáveres del cuartel femenino. Eran tres. Los bomberos limpiaron la sangre del cuartel de la Guardia Forestal. Pasaron la manguera con su chorro de agua fuerte, como si la sangre estuviera remisa a irse; como si su olor fuera más fuerte que el de costumbre. Era el amanecer del 21 de diciembre y las luces de los árboles de navidad se apagaron

como por arte de magia. Pero ya volverían a encenderse. Sin embargo, quedaban algunos curiosos ejemplares de arbolitos de navidad que no se daban por vencidos. De seguro, en esas casas no había nadie. Amanece. Silencio. Las luces de los árboles de navidad habían levantado el puente levadizo que los unía con el mundo. Habían deshojado las buenas intenciones y se fatigaban de disimulo y soledad. Hecho una flor de nervios, se levantó sin mucho esfuerzo; se afeitó.

— Hay que causar buena imagen, no sea que...

Bajo los tamarindos del patio, un grupo de soldados con caras de miedo, tristes y alargadas, se cuadraban firmes ante un oficial y salían a hacer la ronda.

— ¡Coño! En la misma boca del lobo. Mejor hago ruido, no vaya a ser que crean que esto está vacío y de repente me vean y se asusten. Un gringo asustado es un gringo peligroso. Además, si azoca el hambre, no habrá más remedio que salir a pescar algo al lago y de todos modos el comando se dará cuenta. Si no, no me quedará más remedio que saquear la despensa del vecino, luego haremos cuentas.

En eso tocaron la puerta nuevamente... Silencio. Se derramó el miedo por toda la casa y las cosas en ellas mismas se escondieron. El disimulo se derramó como si fuera hielo antiguo.

— ¿Sí?

— Profesor, soy yo, Venancio...

Le volvió el alma al cuerpo.

— Nos tomaremos unos tragos en el garaje de Gary.

Era muy temprano para ello y era claro que se trataba de una reunión. Venancio se fue sin esperar respuesta. En la soledad crece una amarga flor y la soledad se alimenta como un lobo de su propio corazón. Miró por la ventana y había gringos en los cuatro puntos cardinales. Venancio alquilaba botes en el lago. Si andaba por allí es que el puente está abierto y uno se puede ir para la ciudad.

—Cuando no se está acostumbrado a la guerra, uno es una pluma en el viento sin rumbo. La guerra siempre es la llama del escándalo, porque allí todo pasa. Y si uno se queda en ese pasa... cuando pase, ya no nos daremos cuenta. ¡Coño! Como si uno viviera en las lianas de la selva hindochina y no en Panamá, donde somos occidentales, civilizados y cristianos. A lo mejor estos gringos ni siquiera saben dónde queda Panamá. A lo mejor quieren que todo pase y están dispuestos a todo, siempre que pase. Las maneras del tiempo son múltiples como las arenas del mar y como ellas eternas, rítmicas e idénticas. La vida tienen su cauce y los hombres tienen que volver irremediablemente a él.

¡Putá madre! En medio de la guerra y solo. Si al menos estuviera con los perfumes de Marlene. Pero se fue a estudiar a Estados Unidos. ¡Que Dios nos coja confesados! Buena falta nos hará. Para vivir en paz, para vegetar con cierto sosiego es importante y preciso firmar la paz con la muerte. Pero aunque así sea, lo que soy yo, de aquí no salgo para ningún lado. Que Dios nos coja confesados pero solos no.

El miedo tiene dos caras. Tiene una cara poblada de faisanes, de ancianos, dioses y aves del paraíso. Tiene la cara atenazada por el más fiero dragón. Pero el dragón que tiene más fuego, las más afiladas zarpas, los más espantables cuernos, la más fría mirada que nos mira desde el fondo de nuestro propio miedo y se cimbrea en el aire cada vez que estamos ante la sangre derramada; porque la próxima, puede ser la nuestra. La otra cara del miedo es conocida. Duerme en los desvanes de lo que puede ser.

Entonces fue. Salió a la reunión en el garaje y se llevó un arma contra el miedo. Su botella de ron cubano, sin la etiqueta, claro.

Cuando llegó, sólo habían tres: Genaro, Venancio y él.

—Bueno gente, yo creo que estamos en un lío. Los gringos se han tomado el pueblo y de seguro se tomarán todo el país. La cosa está más dura de lo que parece, porque en la city la gente está peleando. Pero para nosotros la cosa se acabó. Gamboa está rodeado por tierra, agua y selvas tropicales en las que viven más animales que en Europa y en Estados Unidos.

Era un islote pequeño, que se había formado luego de las inundaciones que formó la construcción del Canal de Panamá a principio de siglo. Floreció allí una gran ciudad, una gran ciudad de contrabandistas. Pero ahora era sólo un pueblo fantasma que tenía siete calles. Era un pueblo híbrido. Cuatro calles eran gringas y tres panameñas. De lado a lado de la calle, uno pasaba al otro lado de lo que quedaba de la vieja colonia, que estaban devolviendo...

—El olor de tu risa, el olor de tu boca caliente y sin malicia, el olor de tu pureza parecido al sándalo y a la alhucema, el olor de tu devoción me sigue como la tierra viva. El olor de tu vibración me sigue danzando pequeña y sola, desnuda en la mañana azul. Bajo la luz antigua de tus besos, me persigue el olor de tu brisa; pequeña ciudad mía, el olor de tu risa y el perfume de las flores.

Todos miraron a Venancio sospechosamente.

—Todos sabemos que vives más allá del puente y éste está tomado.

—Lo que pasa es que yo vine en bote y eso no es cierto, porque de noche se puede salir bordeando el lago hasta Chilibre cerca de la ciudad o hasta Chorrera, por mar abierto. Aquí los únicos pendejos son los gringos que se creen que nadie puede salir.

—Bueno —dijo la muchacha preguntándole a Venancio. ¿Los tipos se suman o no se suman?

Nadie sabe de qué color tiene los ojos el mundo ni por donde le habrá de saltar la liebre.

—¿Se suman o no? —preguntó a Venancio.

—¿Se suman!

Los otros afirmaron con la cabeza.

—¿Y el excéntrico que escribe libros raros, qué dice?

Todos me miraron con súplica extraña en los ojos. Cada uno

sacó sus propios monstruos adecuados. Otras, sacaron un caballito de amor en la mirada.

—Está bien —dije con una audacia sonámbula.

La mujer lo miró de reojo. Grandes borlas rosadas despertaron los pumas de los malos pensamientos.

Se puso a jugar con un niño que había venido y se fue con su adolescencia despierta, porque la tipa esa, sin duda, abrió los ojos muy temprano para mirar al mundo muy de prisa.

—Es una niña.

—No es una niña —dijo Gary— tiene 22 años y es teniente del pelotón que nos tiene con los huevos en el pescuezo, agregó, mirando el cuerpo de la niña, que entraba en una de las casas de al lado.

—La guerra está a sólo tres casas de la nuestra.

—La inteligencia gringa sabe que faltan por capturar muchos soldados porque sólo encontraron tres cadáveres de hombres. Los otros soldados no se sabe si son hombres o mujeres. Hacen falta y terminarán buscando en las casas. Si las encuentran, este vecindario será peor que las Termópilas. Pero pelearán de verdad las mujeres esas. Creo que sí, mientras estén juntas lo harán, si las encuentran así lo harán. Pero ése no es el problema, el problema es que volarán todo el vecindario.

—El plan es éste: les pedimos que por favor dejen las metralletas y las bolsas de granadas bien enterradas. Les conseguimos ropas de civil y las vamos distribuyendo en cada una de las casas del vecindario. Como hermanas, como hijas, como primas, como mujeres. Cuando las cosas se calmen, las sacamos del pueblo, con los indios o con el bus si no; hay que incluirlas en las listas para que los gringos nos den la comida. Ya veremos lo que hay que hacer. Por lo pronto, debemos quitarles las malditas granadas.

—Sí, hay que caparlas —dijo Venancio— y quitarles esos malditos uniformes verde oliva. Tenemos que conseguirles una

identidad y sacarlas a pasear por el pueblo; ir con ellas al supermercado, estar en el portal de la casa, que tiendan ropa y que sean lo que son ¡mujeres, coño!

Manuel se sirvió un amplio trago de ron y trató de calmarse. El plan de Gary no le parecía descabellado. Así salíamos todos de un lío. Los gringos, que las podían capturar de una en una. Ellas, que no se verían en la necesidad de pelear y nosotros, que no volaríamos por los aires. Porque si las mujeres pelean, a nosotros nos tocará del mismo cohete.

—Mejor es que se entreguen.

Cuando la mujer llegó, vino así, como la había visto la primera vez en el garaje de Gary: altanera, decidida y autoritaria. Pero qué bien se veía la endemoniada... Llegó al segundo día. No quería ir al apartamento de un hombre solo y se fue como hermana a la casa de Clemente. Pero allí no cabían. Una de las muchachas estaba enferma y la otra se entendía con el hijo de Clemente. Así que ella fue la que se tuvo que ir. Descansó todo el día, mientras el hombre escribía a máquina.

—Dicen que es escritor y los escritores son raros —pensó.

Pero ella tenía una pistola de nueve milímetros que podía componer cualquiera de sus rarezas. Durmió a pierna suelta todo el día. Por la noche hicieron cuentas. Ella tenía como dos mil dólares porque era la depositaria del dinero de las muchachas, que se lo habían confiado. Cuento con cincuenta dólares —dijo— con eso podemos comprar algo, ya que veo que aquí no hay muchas viandas. Quiero que sepa que estamos aquí por la situación y no porque no podamos salir de inmediato. Así que no trate de aprovecharse.

La miró largamente. Ella le sostuvo la mirada. En los ojos de él se veía una molestia y una sorpresa. La mujer sintió que no le era indiferente, pero ella no sabía quién era él ni qué hacía. A lo mejor se entenderían. Había muchos libros.

—Muchos libros producen hongos.

Manuel señaló unos frascos de pastillas sobre la mesa del comedor.

—Dormiré en el sofá —dijo ella— sentándose en el sofá y palándolo con la mano.

—No, lo haré yo —dijo él. Recogeré los libros y pondré sábanas limpias.

—No te preocupes, dime dónde están y luego yo las pondré.

—No me imaginaba una situación así.

—Ni yo tampoco. Lo más importante es salir adelante y ver qué pasa con lo que nos depara la vida.

—Lo más importante es salir vivos —dijo ella dando media vuelta y soltándose el pelo—. Creo que iré a poner las sábanas limpias.

Se levantó y un objeto negro quedó en el sofá. Subió las escaleras. Era una pistola automática de nueve milímetros.

—Joven, disculpe...

—Aurora —dijo ella.

—Aurora, se le queda la pistola. Ella se sintió sorprendida y la agarró en seguida.

—Oiga...

—¿Sí?

—¿No quedamos que iba a venir sin armas?

—Sí.

—¿Entonces?

—Entonces, ¿qué?

Subió las escalera, se soltó más el pelo y entró a la habitación.

— ¡Creo que se dañó el teléfono! —dijo ella alzando la voz.

— ¡El teléfono, nada más faltaba!

—Panamenian people, demos gracias al señor, por la bendición, demos gracias a Dios por los alimentos que nos dan los soldados americanos, como signo de la nueva alianza entre nuestros pueblos.

—Viste, descubrieron a un soldado panameño escondido en el gimnasio. Se entregó. Parece que estaba herido, no le hicieron nada, se ve tranquilo.

—Esta navidad será recordada como la navidad...

—Tenga cuidado con el cura ese; el cura de la Iglesia Bautista. Abrió las puertas de su iglesia para que los soldados buscaran a los que se escondieron allí la noche de la invasión. Pero nada más encontrarón las ropas, eso quiere decir que andan por allí de civil...

—En que nuestros pueblos unen sus destinos en el destino manifiesto...

—¿Y uno en la selva, para dónde coge?

— Para ningún lado.

—De la gran nación que somos y que seremos, siempre y cuando la cooperación y la hermandad...

—¿Quiere decir que los soldados están escondidos alrededor del pueblo?

—Qué va, están metidos entre la gente, aquí mismo, buscando comida o haciendo relaciones para cambiarse de casa, porque los gringos empezaron a buscar de casa en casa.

—Dicen que unas mujeres soldados andan rondando por las cercanías... yo no creo.

Lo que pasa es que los gringos andan sin mujer y ahora quieren

agarrar a las mujeres nuestras.

—Bueno, yo ya saqué a mi mujer y a su hermana esta mañana.

—¿Cómo?

—Sí, ya se puede ir a la ciudad, pero como la ciudad está destruída y saqueada y todo el mundo está armado, me regresé. Aquí se está tranquilo, porque por allá, las cosas están que arden.

—¿Cómo saliste?

—En un carro. Uno pasa muchos retenes. Son como tres, creo. Manejas suave, no levantas sospechas y te acercas enseñando tu cédula y pasas.

—Perdone señor, ¿puede llevar a la ciudad a mí novia? Estamos en un lío, sabe. Vine al pueblo el 19 en la noche con ella a mi apartamento para volver a casa después. Pero nos agarró la guerra y se ha tenido que quedar conmigo. Usted sabe, la familia se ha enterado de todo y ahora, o la devuelvo o me quedo con ella.

—Quédese con ella, compa.

—Aquí está seguro. No le ande buscando las cuatro patas al gato. Estos gringos están locos y uno nunca sabe.

—Sean la dinámica de la cooperación de nuestro pueblos. No deben preocuparse porque ya todo pasó. Ahora, antes de que se le entregue la comida, el capitán Joseph Meléndez de Puerto Rico, latino como ustedes, les dirigirá unas palabras en esta misa de Acción de Gracias. Antes que les hable el capitán Meléndez quiero decirles que por favor anoten sus nombres en una lista y digan cuántas personas hay en cada familia y quién es el responsable de cada familia. ¡Oh, no! Me acaba de decir el sargento Carmona, que el capitán Meléndez fue herido en combate y está en el hospital. Como ustedes ven estos son parte de los sacrificios para instalar la democracia, que permite vivir mejor a nuestros pueblos. Pero será el sargento Carmona el que se dirigirá a ustedes.

—¡Mira, mira! Allá va el negro de la bomba, lengüeta de los

gringos. Algún día lo quemaremos a él y a su bomba de mierda.

—Dicen que es el que ha sapeado que las mujeres que buscan, están metidas en las casas.

— ¡Negro cueco! Negro tenía que ser, para ser esclavo.

— ¡Cálmate, cálmate!

—Ven por la casa que haremos una fiesta.

¿No será peligroso?

—No, no te preocupes.

—Irás el gringo loco de la varita de agua.

—Cuidado con los gringos que los gringos muy en el fondo, gringos son. Mejor me quedo en casa.

— ¡Velo, no!

—No, no piensen mal.

—Desde que tienes a la mujer esa...

— ¡Cállense!

—Todos en el pueblo saben que allí están... y que algunas ya no se quieren ir para ningún lado. Mira, ojeroso y buscando comida para la casa. Ves lo que hace una mujer...

—Perdone señor, ¿usted vive en la treinta y cuatro?

—Sí, ¿Por qué?

—Es que tenemos un recado para mi teniente... digo, para su señora. Cuatro de las sobrinas ya se fueron del pueblo para la ciudad y ya están en sus casas. Esperan sus indicaciones. Mañana trataremos con otras. Unos profesores de la universidad trataran de salir, sin embargo nosotras nos quedaremos hasta que ella salga.

—Amigos de Panamá, en cooperación con el gobierno, vamos a ofrecer estos alimentos, vamos a compartir porque ése será nuestro destino. Vamos a compartir hoy día de navidad estos alimentos. Queremos decirles que ya pueden salir los que quieran. Los que no tienen trabajo pueden venir mañana para anotarse en una lista y ayudar a la Panamá Canal Comission, porque algunos trabajadores no encuentran seguridad para trasladarse. Eso es todo. Ahora, ¡Feliz Navidad! Muy bien amigos... Demos gracias al teniente Carmona por sus sinceras palabras. Todos a la vez:

¡Gracias, teniente Carmona!

¡Gracias, teniente Carmona!

¡Gracias, teniente Carmona!

¡Gracias, cara de mona!

—Perdone, usted vive en el treinta y cuatro...

—Sí.

—Por favor, dígame a Aurora que sentimos mucho lo de su hermano.

—Su hermano...

—Sí, lo mataron en San Miguelito.

Cuando entré al baño, me sorprendió encontrarla allí, mirándose en el espejo. Su rostro era diferente. Era la misma mujer pero era diferente. Su rostro tenía señales de que había llorado. La pistola estaba sobre el lavamanos. Se lavó la cara y salió.

Entré a cepillarme los dientes. La pistola estaba allí, fría y solitaria. Toco la puerta, tomé la pistola por la culata y se la di. La tomó sin ganas. Seguía llorando.

—Lo siento —dijo.

—Cuénteme, tal vez la pueda ayudar.

—No es nada —dijo. Subió a la habitación y empezó a llorar sobre la cama.

Entré. Lloraba. Di unos pasos adelante y vi la famosa pistola en la cómoda. Me acerqué.

—¿Puedo ayudar...?

—No, déjeme.

—Algo le pasa y estaba preocupada. Lloraba sobre la cama. Dejaba sus lágrimas sobre mi cama que ya no era mi cama. Me senté. Se dio vuelta y me miró con rabia.

—No quiero hablar.

Le arreglé unos mechones de su cabellera y poco después estaba bajando las escaleras, seguido por una mujer furiosa y una pistola fría.

—No te puedes quejar pasiero, te estás banquetearo con la muchacha esa.

—¿Cuál muchacha?

—La santiagueña.

—Si supieras... poco falta para que me saque de la casa.

—Cuentos, cuentos.

—Gracias, "cara de mona"

—Saben, que a Che María lo mataron.

—No.

—Y también a Perico y dicen que a Lagarto de Pozo. Pero qué va...

—Ver para creer, "yerba mala..."

—Bueno, me preocupan más los vivos, que los muertos.

— ¡Ahora ya sé por qué arrancó el teléfono y no bajó en todo el día del cuarto.

—Dice el gringo de la varita de agua, que la vaina está fea. Los marines revisaron hasta su casa y se llevaron a su mujer, una muchacha de la Rufina Alfaro, de las que se escondieron luego de la invasión. Hubieran visto al gringo hecho una fiera. ¿Cómo es eso que le van a llevar a su muchachita? El gringo llamó a los States, le contó a su family y ellos llamaron —según lo que dice Venancio— al número del quinto cuartel gringo, que es el de la marina de Gamboa, y nada. No le dieron al prisionero 1536. Pero el gringo se fue a parlamentar con el mismo capitán gringo, un puertorriqueño. Le dijo que ella era su mujer; que hace dos semanas la había conocido y que tenía más energía que las aguas.

No se la quisieron dar, a pesar de la energía y todo. Ordenes son órdenes. Entonces, el gringo dijo que él conocía dónde había una siembra de buena yerba; que él había estado investigando a unos narcos del barrio y se dedicaban a sembrar en las mismas bases militares gringas. Dijo que él estaba dispuesto a trasegar información. Entonces los gringos accedieron y lanzaron un operativo a la isla que tenía con Venancio.

Venancio vio como desembarcaban unas barcazas con varios gringos en arreos de combate. El pensó que ya alguien había dado el soplo. Que debía de ser el gringo de la varita ¿coño! ¿Cómo me va hacer esto el man? Algo debe andar mal.

Lo vio que venía en el barcaje. Los gringos lo rodearon y le apuntaron con unos rayos laser y misiles antitanques. El gringo de la varita dijo algo en ese idioma de los gringos y le dijo al pana, que él estaba cuidando los sacos de la yerba, que habían encontrado a los narcos cuando andaban sembrando frijoles de palo.

Venancio la agarró y dijo que sí, que allí estaba la yerba, que se la llevaran a la DEA y que si había una recompensa o fotos en el Miami Herald, que contaran con su colaboración. Venancio y el gringo dijeron que los narcos del barrio venían por el lago en barcos. Que se disfrazaban de indios chocoes y sembraban esas

cosas por allí. Si vieran venir a unos que parecen indios chocoes, que los capturaran en el acto.

Los gringos llamaron más rápido de lo que se persigna un ñato y pidieron apoyo de la aviación porque unos "chocoes indians" andaban merodeando.

Unos helicópteros se pasaron alumbrando toda la noche a los peces y no vieron a ningún comando de la compañía "Chocoes Indians", que debían tener un buen entrenamiento en la selva, porque después de cuatro horas de vuelo, no se ha visto ninguno. Debido a esto, los gringos se declararon en estado de alerta y se encuartelaron toda la noche. Sólo entonces le devolvieron al gringo, que es de los nuestro, a su mujer, que tiene más energía que las aguas galvanizadas.

Dice el gringo que el capitán le dijo que iban a echar una ojeada por las casas del lado este, para ver si hay más mujeres soldados y a cambio de dejarlas, uno descubre a los contrabandistas de la compañía especializada en sobrevivencia en la selva: "Chocoes Indians".

Los gringos hicieron un operativo en grande. Por cada planta del jardín mandaron un soldado. Todos por allí los esperaban. Así que la gente fue a comprar al súper, a pasear por el parque o conversar con los soldados.

Cuando los soldados se arrastraban por las casas del vecindario, una de las casas se abrió y salió un Mayor de las Fuerzas de Defensa y se entregó. Dijo que él era un soldado y que se entregaba por la superioridad militar del enemigo. Que se acogía a las normas de la guerra y a los pactos de Ginebra. Se formó una inmensa corredera. La cosa era más peligrosa. Había caído el jefe de la resistencia.

Esto señalaba que el operativo era un éxito y que los vecinos que respetan las leyes de la democracia no iban a tener ningún problema con los States. Los camarógrafos del Comando Sur se la jugaron de lo lindo.

Aurora pensó que la iban a buscar a ella y a las siete mucha-

chas que quedaban. Había visto al negrillo de la bomba llevándose las gallinas que quedaban en el cuartel y tratando de agarrar al mono.

— ¡Ese es el cabrón sapo! Es un tarado.

Han pasado cuatro días desde que Aurora llegó con la noche y ya la casa la había acogido, porque parecía que ella hubiera estado allí por mucho tiempo. Estaba esperando que llegaran los gringos y la capturaran. Ya las cosas estaban menos tensas. Las emisoras estaban llamando a enlistarse de nuevo a los miembros del ejército en una nueva organización militar. Aurora dijo a las muchachas que ellas podían tomar la decisión que quisieran, que ella había cumplido con la última misión de su comando, que era sacarlas vivas del cuartel; que los que se inmolaron para que ellas ganaran tiempo hasta llegar al pueblo, no lo habían hecho en vano. Que ya ella no era más su oficial. Las otras no aceptaron y le guardaron fidelidad hasta que pudieron irse.

El negrillo de la bomba había estado tratando de llevarse al mono. Ya se había llevado a la perra, a las gallinas y a las cabras. Ahora ella ya podía salvar su honor militar y entregarse. Sabía que el negrillo no está interesado en capturar al mono sino en espiar el vecindario. Una vecina le tiró piedras para que dejará de molestar al mono. Se supo que el pintor Derio le había pegado a su mujer porque ella no era gringuera. Sólo faltaban tres casas por ser allanadas. La penúltima era en la que ellos estaban.

La gente sabe que Aurora no era de las que se entregaba. Iba a ser algo muy difícil. A las nueve de la mañana empezaba el operativo. Era un acto de propaganda más que un acto militar. Algunos camarógrafos iban con los soldados, que se confundían con las flores del jardín.

La batida se detuvo para que los camarógrafos pudieran filmar bien la operación de propaganda. Una operación militar de cateo y de posible captura dirigida por la capitana Mildred Stanford. Los camarógrafos estaban a punto y la capitana Stanford sacó su pistola de nueve milímetros y le hizo una señal a sus soldados agueridos, para que miraran a la cámara tal como les habían indicado.

Perseguidos de Dios por los caminos de Damasco, así se sintió muchos años después Manuel Arias, el poeta, cuando los hechos que narro, son apenas recuerdos para sobrevivir a los barracones de la ausencia o para derrotar a los asedios y las añagazas del tedio.

Este sentimiento, a uno sólo le es dable sentirlo muchos años después; cuando los bandos en que nos metió la vida o la historia no son más que días despojados de los fardos de la carne. Cuando el corazón es despojado de tanta mentira y cuando ya no tienen importancia los hechos, uno entonces puede valorar, cuándo, junto a una mujer, le viene la mala hora.

La capitana Stanford se agazapó, hizo unas flexiones que pusieron en tensión a toda la maquinaria bélica y propagandística. Ya veía cómo iba a salir en los noticieros su actuación militar. Ello iba a contribuir a mejorar la imagen del ejército americano para promover el patriotismo. La capitana miró por la ventana. Sus ojos sorprendidos hicieron llegar el rubor a su mejilla. Las cámaras aprovecharon para pasar una vista por la habitación sospechosa. Aurora se había entregado por fin y estaba haciendo el amor en las escaleras, como Dios manda. La capitana y las cámaras siguieron para la casa de al lado y no hubo nada.

CONTENIDO

De cuando la culebra quería matar a toda la gente	9
Donde se fabla de las maravillas destas tierras	
nombradas Panamá	15
La anunciación del Cristo Negro	23
Vienen de Panamá	33
Somos independientes	63
Crucito Montenegro, el muerto	69
La entrega	93

Impresora de La Nación/INAC/1145
Panamá/1991



INSTITUTO NACIONAL
DE CULTURA

Licda. JULIA REGALES DE
WOLFSCHOON
Directora General

Prof. JORGE HARDING
ANDREVE
Subdirector General

Dra. ANA ELENA PORRAS
*Directora Nacional de
Extensión Cultural*

Prof. ROBERTO McKAY
*Director de Publicación y
Comunicación, a. i.*

Prof. ENRIQUE JARAMILLO
LEVI
*Jefe del Departamento de
Letras*

Prof. RAMON OVIERO
*Jefe de la Editorial Mariano
Arosemena*

PABLO MENACHO
Jefe de Diseño Gráfico

Prof. HECTOR RODRIGUEZ C.
*Jefe de la Impresora de la
Nación*



RAFAEL RUILOBA

Poeta y ensayista. Nació, en la ciudad de Panamá, el 7 de agosto de 1955. Es profesor de Español y Semiótica en la Universidad de Panamá.

Ha publicado: *Perfiles de la crítica literaria en América Latina* (INAC, Ediciones Mariano Arosemena, 1984); *Demetrio Herrera*

Sevillano/Antología Esencial (Ediciones Formato Dieciséis, 1986); *La consideración semiótica de la ideología (Ideología y comunicación)* (Ediciones LASIC, 1989).

Es autor de poemas, ensayos y artículos de crítica literaria publicados en diarios y revistas nacionales e internacionales.